

los mismos orientales y, envuelta en cierto misterio por el velo de la poesía, se ha propagado con los cuentos de *Las Mil y una Noches* hasta el extremo Occidente, goza este califa, bastante benigno para abasida y hasta simpático bajo ciertos aspectos, del honor de ser considerado por el mundo en general como el genuino representante de la magnificencia oriental, el Carlo Magno del Oriente, el verdadero y legítimo califa de Bagdad. En realidad, con él empieza la decadencia del califato, porque al derribar á los barmecidas derribó también la política de conservación del equilibrio entre árabes y persas, siendo el mérito personal de El-Mansur y de aquellos haber reconocido su eficacia y manteniéndola en vigor durante cincuenta años.

CAPITULO III

ÁRABES Y PERSAS

Por marcado que fuera el antagonismo de los dos pueblos predominantes en el Islam de aquella época, mientras no se le provocó á violenta explosión, no solo fué posible con-



Dirhem de Harun El-Raschid (de plata).

Anverso. - Centro: No hay mas Dios [que Allah] no tiene su igual. - Borde: En nombre de Allah se acuñó este dirhem en la ciudad de la salvación (véase anteriormente) en el año ciento y noventa (806).

Reverso. - Centro: Mahoma [es el enviado de Allah] (marca de acuñación). - Borde: Mahoma (es) el enviado de Dios. El ha enviado por él la dirección y la verdadera religión, para que le haga soberano sobre la religión en general, por mas que no lo quieran consentir los idólatras.

tenerlo, mediante una justa y pródica administración, sino también llevarlo á la mancomunada acción que, hasta la muerte de Harun (193 = 809), permitió al gobierno adoptar una actitud enérgica así enfrente del exterior como en el interior. Ya vimos el poco respeto que imponía el califato durante los últimos reinados de los omniadas á las provincias fronterizas y á las vecinas naciones. La España y el Africa en completa rebelión; descubiertas las fronteras hacia el Asia Menor; la Siria septentrional, la Mesopotamia y la Armenia expuestas á las incursiones de los bizantinos; las tribus turcas del país de los Cazares, de la Transoxania y del Kabul otra vez emancipadas á la influencia árabe; tales eran las condiciones en que recibieron los abasidas el imperio, arrastrado por ellos mismos al borde del abismo; pero El-Mansur supo cambiar pronto este estado de cosas. Forma uno de los dramas mas interesantes de la historia del mundo el enlace, que en esta época comienza, de las discordias entre la Iglesia romana y los iconoclastas emperadores isáurico-bizantinos con las continuas revueltas intestinas del imperio de los califas desde la caída de los omniadas. Unas y otras comienzan á entrelazarse en conjunto tan enmarañado que por un momento parece deber encadenar á los destinos del Islam no solo á Constantinopla, como en otro tiempo, sino también á todo el Occidente y al poderoso Estado de los Cazares del Norte. Por ambos lados hay cristianos contra cristianos y musulmes contra musulmes; vemos como hasta en un período de tiempo, durante el cual aparece el mundo de entonces dividido en dos irreconciliables bandos, las mútuas vicisitudes de los pueblos situados en torno del Me-

diterráneo se hacen sentir hasta los extremos confines del Oriente y del Occidente (1). Aquí tenían que luchar los árabes de España con los francos, allí los bizantinos con los califas: tan pronto como se enconara la situación de aquellos para con sus correligionarios del Asia y la de los papistas carlovingios con los emperadores heterodoxos de Constantinopla, una alianza entre la casa de Carlos Martel y los abasidas, caso que pudiera realizarse, debía ofrecer las mayores ventajas á ambas partes; y por otro lado, Leon el Isaurio se había casado, en el año 732 (114), con Irene, hija del Jahan de los cazares, y este matrimonio, á la par que origen de innumerables desdichas para los bizantinos, les proporcionó á lo menos el apoyo del imperio del Norte, que desde entonces se opuso, mas amenazador que nunca, en el paso de Derbend, á los lugartenientes de los califas. En definitiva, la demasiada distancia local pudo mas que la mancomunidad de intereses, y las cosas no pasaron mas allá de las demostraciones de amistad de que fueron expresión la embajada que envió Pepino á El-Mansur (148 = 765) y despues el cambio de mensajes y regalos entre Carlo Magno y Harun (797 = 180 y 801 = 184). Si de este modo los francos lograron ver su primer elefante y acaso algunas ventajas también para sus peregrinos en la Palestina, en cambio los importantes sucesos que se desarrollaron en la grande escena del mundo solo fueron influidos por los efectos indirectos de la situación que hemos apuntado mas arriba. Así, las dificultades que originó al poderoso Constantino V su tenaz persecución de las imágenes, permitieron á El-Mansur reconquistar, en el año 139 (756), á Malatia y Mopsuestia y restablecer de este modo la antigua línea de fronteras hacia Constantinopla. Pero, por otra parte, solo á costa de grandes pérdidas logró defenderse contra los cazares y los turcos, y con tan poco éxito en el año 145 (762), que ya en 147 (764) vuelven á aparecer en Tiflis, desde donde devastan atrocemente el país y hacen innumerables prisioneros. La rebeldía de los pueblos ribereños del mar Caspio, de Deilem y Tabaristan, que hizo necesaria una campaña especial en los años 141-142 (758-759) y 144 (761), aumentaba la dificultad de asegurar con eficacia las fronteras del Norte; y cuando se podía creer al Turquestan definitivamente incorporado al imperio, otra grave rebelión, en los años 167-168 (783-785), vino á demostrar lo que había que temer para lo futuro de estos pueblos montañoses, uno de los cuales estaba destinado á acarrear á la postre la ruina del poderío del califato. En cambio, Abu Muslim había logrado en el Este, aun bajo el reinado de Saffah, someter de nuevo la Transoxania hasta la frontera china (133-134 = 750-751), y en tiempo de El-Mansur se consiguió también que el príncipe de Kabul, tras algunas expediciones emprendidas contra él desde el Sed-estan, se decidiera á satisfacer otra vez el tributo, llegándose además, en el territorio indio fronterizo, á hacer nuevas conquistas en el Pandyab hasta cerca de Cachemira (desde 151 = 768), despues de haber recuperado á Multan.

Mas difícil era la situación en el Occidente. Ciertamente el Egipto, despues de aniquilados los partidarios de Merwan, seguía manifestando, con raras excepciones, su antigua inclinación pacífica; pero la autoridad de los abasidas no alcanzaba por el pronto mas allá de la vecina Barka. Por mas que Abderrahman Ibn Habib declaró formalmente su sumisión á Saffah, y aunque las tribus berberiscas que tenían sus tiendas mas allá de Tremecen no acataban siquiera su propia autoridad, y solamente lograba imponerla á los

(1) Para apreciar en todos sus detalles esta situación, me permito referir otra vez al lector á la clásica exposición de Ranke (*Historia Universal*, V, 2). Véase también Hertzberg: *Historia de los bizantinos* (de esta colección).

que moraban mas al Este, por medio de repetidas expediciones militares, la verdad es que el emir procedió por lo general como príncipe independiente. Algunos felices golpes de mano realizados por su escuadra en las costas de Sicilia y Cerdeña, le envalentonaron de tal modo que cuando El-Mansur, que era poco amigo de situaciones mal definidas, quiso obligarle á manifestarse mas sumiso, le negó rotundamente su obediencia (137 = 754-755). Era esto tanto mas peligroso cuanto que en el mismo año algunos omniadas que habían conseguido librarse del trágico fin de los demás individuos de su familia, habían llegado á Keirowan y sido recibidos allí con los brazos abiertos. Entre ellos se encontraban dos hijos de Walid II y un nieto de Hisham, Abderrahman Ibn Moawiya, juntamente con algunas mujeres. Para granjearse una alianza, que prometía mucho, con los herederos del califato damasceno, así Abderrahman Ibn Habib como su hermano Ilyas tomaron por esposas á dos de estas mujeres; y á no ser por la insensatez de los hijos de Walid, acaso se hubiera intentado ya entonces rescatar de manos de los usurpadores abasidas una parte, á lo menos, de su presa. Pero aquellos empeizaron imprudentemente á irritar al hijo de Habib con altaneras pretensiones queriendo obtener su respetuosa subordinación á los individuos de la dinastía derrocada, exigencia poco en armonía con las verdaderas circunstancias respectivas del momento. El emir, hombre de prontas decisiones, hizo desaparecer á sus molestos huéspedes, pero poco despues cayó él mismo bajo el puñal de su propio hermano, excitado á la venganza por su esposa omniada. Abderrahman Ibn Moawiya, despues del asesinato de sus primos, que nada bueno le podía presagiar, anduvo otra vez fugitivo y errante de tribu en tribu, hasta que, por último, llegó á Ceuta; de allí se atrevió á pasar á España, en el año 138 (755), donde el desvalido aventurero, al cabo de un año, á fuerza de osadía, desprecupación é inaudita suerte, logró elevarse á soberano de este gran país y fundar, á pesar de los abasidas, una nueva dinastía omniada (139 = 756). Entretanto, la situación del Africa había llegado al último extremo. Habib, hijo del asesinado Abderrahman, empezó una guerra de venganza contra su tío (138 = 755-756), y esta desmembración de las fuerzas árabes fué la señal para un alzamiento general de los bereberes, en el que pereció Habib y con él la dominación árabe (140 = 757), que nunca mas se logró restablecer en el Este. En aquel mismo año Sidschilmasa y en 144 (761) Tahert (la actual Takdemt) sidaron convertidas en capitales de los estados berberiscos independientes de los Benu Midran y de los Benu Rustem. También Keirowan permaneció hasta 144 (761) en poder de las tribus rebeldes, pues que El-Mansur, en lucha con sus tíos, con los bizantinos, el Tabaristan y los varios rebeldes en el interior del imperio, solo en 142 (759) pudo dedicarse á la reconquista de Africa. Esta fué dirigida desde el Egipto por Mohammed Ibn Asch'ath. Las primeras operaciones no tuvieron buen éxito, pero poco despues suscitáronse nuevas discordias entre los mismos bereberes, y los árabes lograron entonces inferirles una sensible derrota, obligándoles á desocupar á Keirowan (144 = 761), la que fortificada de nuevo por completo, volvió á ser árabe durante algun tiempo. Aglab, teniente de Mohammed, sometió también (144 = 761-762) la parte oriental de la antigua Numidia, ó sea la llamada Sab, con su capital Tobna, y aunque despues no faltaron tampoco disensiones entre los mismos árabes, según la antigua costumbre entre Keis y Kelb (148 = 765-150 = 767), y nuevas rebeliones de los bereberes perturbaron la paz cada dos ó tres años (150 = 767-768; 154 = 791 y así sucesivamente), todavía fué acatada, durante algunas décadas, la autoridad de los abasidas

EL ISLAMISMO

en aquellas comarcas. Pero mas allá toda la energía del mismo Mansur no logró extenderla, pues si bien por instigación suya hizo El-Alá Ibn Mogith, en el año 146 (763), un desembarco en la España meridional y promovió una temible rebelión contra el omniada Abderrahman, no era posible que tuviese éxito duradero; el emisario abasida encontró allí su muerte, y tanto España como toda el Africa Occidental siguieron independientes del califato.

El estado constituido por El-Mansur y los barmecidas dió en casi todas partes satisfactorias muestras de sus condiciones de resistencia durante las décadas siguientes, por mas que la fuerza de los sagaces ministros consistiera mas bien en las artes de la administración que en las de la guerra. Pero El-Mahdi fué en sus mejores tiempos un príncipe enérgico, y lo que faltaba á Harun en cualidades militares lo suplía hasta cierto punto la altivez del soberano, que repetidas veces le incitó á salir á campaña en persona, á lo menos nominalmente (1), contra los bizantinos. Así, vemos al califato desde los tiempos de El-Mansur en guerra constante con los bizantinos; cierto que ésta se reducía, mas aun que antes, casi exclusivamente á correrías, en las que se procuraba devastar por completo las respectivas provincias fronterizas y llevarse cuantos mas prisioneros se podían hacer. Cada vez que uno de los dos reinos era presa de revueltas intestinas, el otro obtenía por el momento mayores ventajas; así las lograron los sarracenos, en tiempo del Mahdi, en los años 159, 165, 168, y durante el califato de Harun en 172, 174, 175, 177, 178, 181, 182, 187, 188, 190 (776-806), y los griegos en 161-164 y 191 (778-781, 807). Si bien los sarracenos, en algunas de estas expediciones, llegaron á penetrar de nuevo muy en el interior del Asia Menor,—en 165 (782) hasta el Bósforo, en 181 (797), mandados por el mismo Harun, hasta Aneyra y Amorium, y en 182 (798) hasta Efeso, mientras que los mayores avances de los bizantinos no pasaron de las fortalezas fronterizas de Malatia y Mar'asch (Germanicia),—no hubo variación perdurable en la situación territorial, resultando únicamente gananciosos los musulmes en que por lo general fué campo de batalla el territorio bizantino. El suyo quedó protegido eficazmente desde el primer año del reinado de Harun (170 = 786) por la metódica fortificación de las plazas fronterizas, desde Malatia hasta Tarso; estos fuertes y castillos constituían, bajo el nombre de El-Awasim, «las defensas», un departamento especial de la administración, una especie de frontera militar cuya organización acreditó su eficacia así entonces como posteriormente. Al propio tiempo que estas guerras terrestres, las hubo también navales, en el año 175 (791), en la proximidad de Chipre. En 190 (806), cuando los habitantes de esta isla, que jamás llegó á ser verdaderamente árabe, olvidaron otra vez el pago del tributo, la escuadra musulímica desembarcó un numeroso ejército que devastó atrocemente el país y se llevó 16,000 cautivos. Pocos hechos notables ocurrieron durante esta época en el Norte, donde según los datos que tenemos los cazares no volvieron á hacer mas que una sola incursión de alguna importancia en la Armenia (183 = 799). Tampoco hubo sucesos de importancia en el Este, donde desde la traslación de la capital á Bagdad, habiendo podido desarrollarse mas rigurosamente la influencia del califato, los turcos se mantuvieron tranquilos casi todo aquel tiempo.

(1) El verdadero mando lo ejercían naturalmente los generales, como Hasan Ibn Kahtaba, Yezid Ibn Mas'ad, Abdelmelik Ibn Salih y otros. El concepto que nos deben merecer expresiones como «Harun emprendió la campaña» y demás por el estilo, se deduce del hecho de que ya se hace indicación semejante en 163 (780), durante el califato del Mahdi, cuando Harun tenía á lo sumo diez y ocho años de edad y mas probablemente solo quince.

Durante el reinado de El-Mahdi, en el año 159 (776), los árabes se atrevieron hasta a atacar por mar a la India, tomando y asolando la ciudad de Barwadsch, en la desembocadura del Nerbudda; pero la escuadra, después de diezmar a las tripulaciones por el escorbuto, naufragó en su viaje de regreso (160=777), y no se repitió tan atrevida empresa. Si bien semejantes incidentes no alteraron en lo mas esencial la situación de las demás fronteras, con todo, ya antes de la caída de los barmecidas se hizo evidente que desde la traslación de la capital al Este y la postración de la antigua pujanza de la Siria, hasta el mismo Keirowan se encontraba demasiado distante del centro del imperio para que pudiera esperarse conservarlo perdurablemente. Esta había sido ya árdua tarea para El-Mansur, y a la sazón solo faltaba el empuje de un hombre ambicioso y enérgico para lograr una segregación definitiva. Hasta 174 (791) todo siguió todavía su curso normal, por mas que no dejara de ser desagradable que en 172 (788) Edris, uno de los alidas que se libraron de los verdugos abasidas, hallase buena acogida entre los bereberes en Walili (1), en el extremo Occidente, y fundase el primer Estado siita independiente, sometiendo asimismo a Tremecen a su dominio un año después. De modo que tres dinastías independientes, los Benu Midrai, los Benu Rustem y los Edrisitas habían despojado ya de toda la Mauritania al califa. Pero, en definitiva, esto no fue mas que la ratificación final de un estado de independencia ya existente. Con mayor gravedad debían manifestarse las aspiraciones separatistas en aquella parte del Africa occidental donde los árabes tenían todavía la supremacía. En el año 174 (791) fué derrocado el lugarteniente puesto por Harun en Keirowan por el hijo de su predecesor, que pretendía ocupar el cargo desempeñado por su padre. Este hijo pereció a consecuencia de una sublevación de las tropas que guarnecían la ciudad de Túnez (178=794), y de aquí se originó una guerra civil entre los árabes, la cual consiguió sofocar por el momento Harthama Ibn A'ayan, el general de mayor confianza de Harun (179=795), confirmando a Ibrahim, hijo de Aglab, que había perdido la vida en la rebelión del año 150 (767), en el cargo de sublugarteniente del territorio de Sab, que ya había administrado su padre. Cuando, después del regreso de Harthama (181=797), ocurrió otra serie de disturbios y sublevaciones, contrajo ciertamente Aglab el mérito de restablecer el orden desde Tobna, pero después manifestó en términos perentorios al califa que si bien estaba dispuesto a pagar un tributo anual, por lo demás deseaba conservar aquel territorio en feudo hereditario para sí y sus descendientes. Harun, que a la sazón estaba bastante ocupado en combatir a los cazares y en reprimir una peligrosa rebelión en la Persia, se avino a aceptar el pacto (184=800); y este es el primer acto del drama de la disgregación gradual del demasiado vasto imperio en una serie de varios Estados mas ó menos independientes, regidos por nuevas dinastías, hecho del cual habremos de tratar pronto con mayor detención.

Mas aun que los enemigos exteriores dieron quehacer los del interior al Estado de El-Mansur. Las agrupaciones puramente nacionales de árabes y persas eran tan refractarias a la tarea que el califa se impuso de atraer mutuamente a unos y a otros y darles iguales derechos, como las pretensiones de los partidarios keisitas de la dinastía destronada, los alidas defraudados y los jaridschitas que rechazaban toda forma de gobierno puramente política. Como era natural, estas varias aspiraciones ajustaban todo género de alianzas entre sí cuando por acaso se encontraban representadas en una misma locali-

(1) O sea la antigua *Volubilis*, no muy distante del Fez de hoy.

dad, habiendo modificado bastante su modo de ser el hecho de que la mayoría de los siitas mas moderados de Persia, influida por los barmecidas, se avino a adherirse al gobierno. Esto hizo que dentro de la oposición siita preponderase la fracción mas exaltada, que no se curaba de la persona de los alidas y abrigaba todo género de ideas panteístas y comunistas, las cuales ya en tiempos de los sasanidas tenían muchos adeptos en la Persia (2) y que a la sazón debía fomentar de nuevo el persistente antagonismo nacional contra la exótica doctrina islamita. Así los alidas no tuvieron mas recurso por el pronto que probar de nuevo fortuna con los árabes, y de ahí que hacia el año 170 (786) veamos a sus adictos los seiditas limitando su actividad casi exclusivamente a la misma Arabia, mientras que en las repetidas revueltas de los sectarios político-religiosos de la Persia raras veces suena el nombre de Alí. Podemos dividir, pues, en cuatro grupos, los varios movimientos sediciosos: sirio-keisitas, principalmente, como se puede suponer, en la Siria, además del Africa occidental; jaridschitas, especialmente en la Mesopotamia; aliditas, en la Arabia, y pérsico-nacionales en la Persia, y sobre todo en el Corasan. No estará demás que hagamos algunas breves observaciones sobre cada uno de estos grupos en particular.

Los *keisitas* no lograron jamás reponerse de las terribles derrotas que sufrieron a la caída de la dominación omniada. Durante cuarenta años ni siquiera dieron señales de vida en la Siria, y aun después sus hazañas quedaron reducidas a algun combate con sus eternos enemigos, las tribus sudarábicas. Así sucedió primero en 174 (790), luego en 176 (792), 180 (796),—cuando fueron tantos los descalabros y tomó tal incremento el desorden en el país, que Harun se vió obligado a enviar allí a su privado Scha'afar para apaciguar los ánimos y asegurar la tranquilidad por algunos años mediante un desarme general,—y por último en 187 (803). Esto y una rebelión de las tribus keisitas en Egipto (178=803), sofocada por Harthama en su marcha hacia el Este, fué cuanto dió de sí este bando.

Mas tenaces fueron los *jaridschitas* en su guerra contra la casa de Abbas; verdad es que para ellos los abasidas representaban una facción no menos impía que los omniadas. Ya en 134 (751-752) el general abasida Khasim Ibn Khosefma tuvo que reducir a la impotencia a Basam junto a Mada'in, y a otros en Oman, y en 138 (755-756) a Mulabhab en la Mesopotamia, consiguiéndose de este modo mantener la tranquilidad hasta la muerte de El-Mansur. Pero en tiempo del Mahdí vuelven a levantar la cabeza: en 162 (179) se subleva Abd-Es-Sallam en Kinnesrin (Siria), y en 171 (787-788) Schahsah en la Mesopotamia; después (178-179=794-796) esta comarca principal del jaridschismo es teatro de una rebelión bastante peligrosa de Walid, hijo de Tarif, la cual apenas terminada con la muerte de su fautor a manos de Yezid Ibn Masyad, estalla de nuevo, en el año 180 (796), acaudillada por Khuwascha.

Esta vez quiso proceder Harun con toda severidad; mandó derribar las murallas de Mosul, que siempre se había señalado muy especialmente en estas revueltas, y costó mucho hacerle desistir de mandar pasar a cuchillo a toda la población. Esta no se atrevió a moverse durante bastante tiempo; pero cerca de Holwan, en 185 (801), y en el mismo Irak, en 191 (807), se alzaron nuevas huestes de sectarios, y en 190 (806) en la Arabia oriental y en 191 (807) en la Siria se promovieron iguales disturbios. Si bien estas explosiones no eran todavía bastantes para conmovier en realidad la dinastía, demostraban que acá y allá aun se mantenía vivo entre los árabes el antiguo espíritu de independencia

(2) Véase Justi: *Historia de la antigua Persia*.

democrática, que en favorables condiciones podía propagarse fácilmente a todas partes donde no se hubiera relajado el antiguo tesón árabe, como en los grandes centros de población, con la mezcla de sangre persa y la sensualidad de la vida de las ciudades. De esto y de la aversión de muchas agrupaciones severamente ortodoxas a las tendencias motasílicas del gobierno, supieron sacar partido los *alidas* para promover algunos levantamientos bastante serios en el Sur del imperio. Mohammed é Ibrahim, hijos de Abdallah, uno de los nietos de Hasan, eran considerados como perturbadores del orden, y durante mucho tiempo se hicieron vanos esfuerzos para reducirlos a prisión. Desde la India hasta el extremo Sur de la Arabia no había provincia alguna en la cual no tuvieran un refugio, y habían logrado siempre huir a tiempo de uno de ellos para ocultarse en otro. En 145 (762) tuvo noticia El-Mansur que Mohammed agitaba la comarca de Medina. El prefecto de las ciudades santas, Mohammed, hijo de Jalid El-Kasri, que como yemenita era muy considerado por el califa, recibió orden de prender al perturbador; pero como no acertara en ello, tuvo que ceder su puesto al árabe del Norte Riyach Ibn Othman, el cual procedió tan inconsideradamente que concitó contra sí a toda Medina. Los habitantes se declararon abiertamente en favor del alida, que de improviso se presentó a ellos, y ayudaron a hacer prisionero al incómodo lugarteniente de El-Mansur (mediados de 145=762). Con rapidez se extendió la rebelión por todo el Hedyaz; la Meca aceptó el lugarteniente enviado por Mohammed, que entretanto se había hecho prestar homenaje como califa, y los beduinos acudieron de todas partes a engrosar las filas del pretendiente. Mas éste no supo aprovechar las ventajas de la situación, manteniendo el justo medio entre Keis y Yemen, y se enajenó las simpatías de los yemenitas.

Los teólogos de Medina, si bien al principio saludaron gozosos al descendiente del Profeta, no estaban a la altura de los antiguos auxiliares de Medina, tan versados en el manejo de la espada como en la interpretación del Corán, y huyeron cuando avanzó el ejército de El-Mansur, capitaneado por Isa Ibn Muza y Homeid Ibn Kahtaba (12 de Ramadan de 145=4 de diciembre de 762). Sucumbió, pues, Mohammed rodeado de unos pocos fieles, y así concluyó la rebelión en el Hedyaz. Pero en el interin en Basora, había promovido Ibrahim otra mucho mas peligrosa (principios de Ramadan= fines de noviembre), la cual preparada desde bastante tiempo antes, se propagó a la vez por las comarcas vecinas del Irak, del Chusistan y de la Persia, y se presentó tanto mas amenazadora, cuanto que aislaba casi por completo de las provincias del Este al Mansur, que aun residía a la sazón en Haschimiyá, cerca de Kufa, y tenía en medio a la desafecta Siria, mientras que la mayor parte del ejército del califa se encontraba precisamente en aquellos momentos muy lejos del Irak, camino de Medina. El-Mansur dió entonces pruebas de toda la energía y sagacidad que podía esperarse de él: con atinadas medidas supo mantener la fidelidad y el respeto de los pocos leales de Kufa, entre los cuales había además considerable número de seiditas, hasta que pudieron regresar de Medina Isa y Homeid. Ya era hora; al tener noticia de la muerte de su hermano, Ibrahim, que no esperaba tan rápido desenlace en el Hedyaz, había marchado a toda prisa de Basora sobre Kufa, y ya estaba a muy pocas millas de la capital cuando le salieron al encuentro las tropas abasidas. Al principio se inclinó la victoria en favor de los alidas; pero la actitud enérgica de Isa logró contener a las huestes que ya se disponían a la fuga, periciendo Ibrahim en el combate que se siguió, y con él la causa de los alidas (25 Zul-ka'ada de 145=14 de febrero

de 763). Como era de esperar, fué terrible la venganza de El-Mansur; los alidas fueron perseguidos en todas partes mas despiadadamente que lo habían sido jamás en tiempo de Haddschadsch. Basora fué cruelmente castigada, y en Medina la soldadesca cometió tales atrocidades, que poco después de reconquistada la ciudad se produjo allí una nueva rebelión. Fué ésta promovida por la plebe, y reprimida sin gran dificultad; pero tiene de notable para nosotros que en ella tomaron parte los esclavos negros, que abundaban en todas las provincias occidentales. Era el primer síntoma, naturalmente incomprensible para los coetáneos, del peligro que cuando decreciera el vigor de las razas dominantes podía resultar de la incesante introducción en el imperio de miles y miles de esclavos de raza extranjera, prisioneros de guerra ó adquiridos por las vías del comercio.

El procedimiento radical que, según su costumbre, empleó El-Mansur en aquella ocasión, dió por resultado que durante mucho tiempo no se repitieran ya los alzamientos alidas. Ciertamente tampoco se descuidó el feroz califa en tomar después sus precauciones, y cuando El-Mahdi, al subir al trono, se hizo cargo de las bien repletas cámaras del tesoro de su padre, descubrió horrorizado un espacioso sótano lleno de alidas embalsamados, ancianos, hombres en la edad viril y niños, debidamente provisto cada uno de su respectivo rótulo en una oreja, indicando su nombre y procedencia. El nuevo soberano mandó despejar luego aquel horrible museo y enterrar los cadáveres. No por eso dejó El-Mansur de dedicarse también a la muy juiciosa tarea de ganar a favor del nuevo régimen a los individuos menos peligrosos de aquella familia, y así desde 150 hasta 155 (767-773) vemos figurar a un alida como lugarteniente en Medina. El-Mahdi siguió, por lo general, esta misma política; de cuando en cuando se mandaba decapitar a algun alida, para que no cobraran demasiada arrogancia, pero los demás eran tratados con cierta benignidad. Desgraciadamente, en tiempo de Hadi se procedió otra vez de distinto modo. Este califa no solo retiró a algunos de los alidas las anualidades que El-Mahdi les había concedido sino que dispuso una persecución general contra ellos, la cual de nuevo llevó a los infelices al colmo de la desesperación. Entonces Husein Ibn Alí, biznieto de Hasan, se atrevió, de acuerdo con dos lejanos tíos suyos, Edris y Yahya, hijos de Abdallah, a promover un alzamiento en Fah, muy cerca de la Meca (169=786), el cual, por cierto, fracasó costándole la vida a Husein, Edris y Yahya lograron evadirse; el primero se refugió en el extremo Occidente, donde fundó entre los bereberes la dinastía de los edrisitas, siendo el primer alida que consiguió hacer algo de provecho, mientras que su hermano halló amparo entre los deilemitas, en las inaccesibles montañas a orillas del mar Caspio. Allí le fué fácil excitar a aquel pueblo, siempre turbulento, contra el soberano de Bagdad, a quien negó otra vez la obediencia en el año 176 (792). El barmecida Fadl, que acababa de ser nombrado entonces lugarteniente en aquellas provincias, negoció un arreglo amistoso, en virtud del cual y fiado en un decreto de indulto del propio puño del califa Harun, atestiguado por las personas mas respetables, se trasladó Yahya a Bagdad. Fué recibido allí con la mayor afabilidad, pero después hubo un cadí complaciente—Abu'l Bahtari es el nombre de este pundonoroso personaje—que descubrió un error de forma en aquel documento, en vista de lo cual El-Raschid mandó encarcelar a Yahya y le dejó morir de hambre.

Mas las provincias orientales persas, a cuyo apoyo debían los abasidas el trono, fueron las que proporcionaron mayores dificultades a su califato. Allí también la decepción y el consiguiente encono aparecen aliados al mismo vivo senti-